

SCHLEIERMACHER, Friedrich: *Sobre los diferentes métodos de traducir*. Gredos: Madrid 2000. Traducción y comentarios de Valentín García Yebra. Edición bilingüe. 141 pp.

¿Traducir, interpretar, versionar, adecuar...? ¿Qué se debe hacer realmente a la hora de trasladar un texto de una lengua a otra lengua? Todo aquél que en algún momento de su vida se haya enfrentado a la ardua tarea de la traducción literaria sabrá que el asunto no es fácil ni siquiera de definir. El traductor se ve siempre en la tesitura de tener que tomar decisiones que, en ocasiones, hacen que el texto traducido se aparte del texto original; de lo contrario sería imposible que los lectores de la lengua a la que traduce pudieran comprender lo que el autor ha querido decir, y por eso a menudo se le llama traidor. Pero, ¿lo es realmente? ¿No es acaso más traidor quien, ateniéndose en exceso a la estructura del texto original, se olvida por completo de las estructuras de la lengua a la que traduce? Difícil resulta la respuesta, y más si consideramos que ya desde antiguo traductores y lingüistas han pretendido responderla, a mi parecer, sin demasiado éxito, pues los traductores y teóricos de la traducción, que hoy en día ya son muchos, siguen escindidos al respecto. En su excelente introducción a la antología de *Textos clásicos de teoría de la traducción*, publicada por Cátedra en 1994, Miguel Ángel Vega hacía un repaso cuidado y somero, no sólo por la historia de la traducción en sí, sino también por el estado de esta cuestión, y fue él precisamente quien recuperó para esta antología un fragmento de la traducción del ensayo de Schleiermacher, que García Yebra había publicado en 1978 en la hoy desaparecida *Revista de Filología Moderna* (nº 63-64), consciente evidentemente de la importancia del ensayo en este debate traductológico.

Schleiermacher, como la mayoría de los teóricos, llegó a la teoría desde la práctica, y comienza el ensayo apuntando los diversos tipos de traducción que se dan incluso dentro de una misma lengua, concluyendo con la sugerente afirmación de que «la comunicación entre el traductor y sus lectores debiera ser en todo semejante a la que se establece entre el escritor original y los suyos». Luego nunca podrá olvidar

que el texto debe atenerse a las estructuras de la nueva lengua, lo que supondrá evidentemente cambios necesarios para la feliz consecución de esta meta, que no por ello han de «traicionar» en absoluto el mensaje del original. Siendo esto así, para Schleiermacher (y para cualquier buen traductor, en efecto) resulta evidente que las traducciones sólo pueden ser aceptables cuando se hacen a la lengua propia. Siguiendo este pensamiento apunta García Yebra en su comentario que «un conocimiento activo tan extenso y profundo como el que se requiere para la traducción sólo suelen tenerlo algunos hablantes nativos de la lengua meta, mientras que el conocimiento pasivo necesario para entender cabalmente un texto se puede adquirir, aunque con esfuerzo, sin haber nacido en el ámbito de la lengua original». Algo que parece estar olvidándose hoy día cada vez más.

El ensayo de Schleiermacher, publicado en 1813 se atribuye el mérito de ser uno de los primeros en apuntar cuestiones como ésta, y en intentar resolver el problema eterno de si el lector debe ir al encuentro del autor o viceversa, algo que por cierto, también apuntaba Ortega en su famosísimo ensayo *Miseria y esplendor de la traducción*. Schleiermacher, tras un razonamiento secuenciado y estructurado lógicamente, se inclina por que sea el lector quien vaya al encuentro del escritor. No todos estarán de acuerdo con su opción, pero al menos es una.

En cualquier caso, el estudio, reeditado hoy en edición bilingüe veintidós años después de su primera edición en español, es de obligatoria lectura para todo aquél que se interese de verdad por la traducción y que considere que su labor es una tarea «arriesgada» y no siempre grata, además de un modelo único de cómo debería llevarse a cabo una buena labor en este campo. Lo que viene a poner de manifiesto, una vez más, que en el caso de la traducción la práctica es, muy a menudo, la única teoría posible.

Isabel Hernández